RESEÑAS

Claudio Magris, *La historia no ha terminado. Ética, política, laicidad*, 2008, Barcelona, Anagrama, Colección argumentos, 304 p.

RECEPCIÓN: 27 de marzo de 2009.

ACEPTACIÓN: 14 de abril de 2009.

Este texto está formado por una serie de artículos publicados, la mayoría en el periódico italiano *Corriere della Sera*; son muchos y muy variados, tanto en sus temas como en la fecha de su publicación; los temas fundamentales son la ética, la política y la laicidad.

El autor habla lo mismo de Juan Pablo II que de Tomás Moro o de las Madres de la Plaza de Mayo; habla tanto de la banalidad del mal, como de la tolerancia o del verdadero sentido de ser laico; de la guerra, de Berlusconi y de Garibaldi; de Alberto Sordi, o de Bonhoeffer. En cada uno de sus artículos nos invita a reflexionar con un lenguaje ameno y claro, de fácil y agradable lectura. Quiero referirme sólo a algunos de esos artículos, a modo de muestra de la riqueza del texto que está en nuestras manos.

El artículo que habla sobre las Madres de la Plaza de Mayo hace una interesante referencia al *Elogio de la locura*, de Erasmo de Rotterdam, recordando que a estas mujeres algunos de sus conciudadanos y aun el gobierno, las llamaron “las locas”. Magris hace notar que lo mismo que la locura de Erasmo, la locura de estas mujeres constituye una auténtica racionalidad frente a una realidad incomprensible de ocultamiento y de falsedad.

Con una lógica aplastante, ellas denuncian la desaparición de sus hijos. Al igual que Antígona, declaran que hay una ley inicua que no se debe aceptar, a costa de lo que sea. Ellas lo han denunciado, una y otra vez; son ahora abuelas, pero no son tan insensatas como para tratar de que los niños entregados a sus captores sean destruidos hoy por un falso sentido de la justicia; pero no significa que no estén convencidas de la existencia de una ley, como

aquella que Antígona seguía y que era otorgada por los dioses y por ello buscaba, sí, el verdadero sentido de la justicia.

En otro artículo, llamado “Cómo decir la verdad”, reconoce que la frase del evangelio “la Verdad os hará libres” es muy clara y por supuesto verdadera. Para decirnos lo que piensa acerca del tema, Magris nos habla de su propia experiencia. Nos cuenta su historia, al relatar cómo su esposa, a quien le fue diagnosticado cáncer, buscaba la verdad, y prefería saberla, porque de esa manera podía enfrentar la enfermedad de mejor manera. Sabemos, por otra parte, que otras personas en esta misma situación, prefieren no saberla. Pero, la pregunta aquí no es solamente si los demás quieren o no saberla, sino que lo importante es cómo decirla, cómo honrar la verdad no sólo porque queremos ser sinceros, por necesidad o por gusto, sino, ante todo, decirla por respeto y con respeto al otro. Finalmente, Magris afirma que los seres humanos merecemos la verdad, aunque ésta sea tan terrible como el cáncer; pero es el modo de decir, la prudencia con la que se diga, el amor con el que se diga, lo que nos permite aceptarla y abrazarla.

En tres artículos, “Servidumbre y grandeza militares”, “Las guerras se pierden” y “La guerra y la sombra del mal absoluto”, nos recuerda el antibelicismo de Francisco José y el entusiasmo de George W. Busch para justificar una guerra.

Magris nos recuerda también que en una sociedad como la nuestra, las fuerzas militares son necesarias y afirma que, más allá de una falsa retórica, las fuerzas militares tienen una vida propia, que ha sido expresada por grandes escritores militares que nos recuerdan su necesidad, su justificación, pero también sus límites.

El autor critica el concepto de “fuerzas de paz”, utilizado en la guerra de Irak, afirmando que, si fueran de paz, no llevarían armas, y que, si llevan armas, no debería asombrarnos que haya muertos de ambos lados. Las guerras, nos dice, se pierden: aunque se ganen, se pierden.

Las guerras, finalmente, son lo que son y no puede evitarse la muerte o la destrucción; pero, si optamos por el pacifismo, debemos asumir las consecuencias de ello para nosotros y para los demás. Magris cita a Wellington cuando afirmaba que lo peor después de una batalla perdida es una batalla ganada.

En “Grandeza y miseria del perdón”, nuestro autor nos habla de cómo algunos criminales afirman su arrepentimiento y suplican perdón inmediatamente después de haber cometido el crimen, y de cómo los medios masivos de comunicación, rápidamente, se dirigen al afectado para preguntar si está dispuesto a conceder el perdón.

RESEÑAS

Esta insistencia por parte de los periodistas provoca, quizás, una respuesta apresurada por parte de la víctima, quizás diga “sí” a la pregunta, pero genuinamente sabemos que, se necesita tiempo y una gran fuerza para pedir perdón y se necesita más para concederlo. No es fácil perdonar, el mal se ha hecho y no puede cambiarse lo que ha sido hecho, el crimen debe ser juzgado, debe ser sometido a las leyes. Es un asunto de justicia y merece un castigo. El perdón es un asunto moral que sólo cuando se ha logrado un poco de calma y, como dice el autor, la capacidad de volver a sonreír, podrá ser auténticamente concedido.

El artículo “No pronunciarás el nombre de Dios en vano” nos habla de la facilidad con la que pronunciamos el nombre de Dios, ya sea pensando que Dios aprovecha todos los males que nos suceden para castigarnos, o bien, que con los desastres naturales nos pone a prueba para saber qué tan solidarios podemos ser con los demás. Como si Dios hiciera experimentos con nosotros. El nombre de Dios también es usado por aquellos pueblos que están en guerra, como lo hicieron los nazis, afirmando que Dios estaba de su parte.

Sería conveniente que dejáramos de ver a Dios como un juez castigador, o como un cómplice, no es ni lo uno ni lo otro. No cabe duda de que existe el mal, alguno debido a la naturaleza, pero otro debido a nuestra propia negligencia. Aún así, ni Dios es culpable, ni busca culpas infringiendo castigos.

Aprendamos a responsabilizarnos del mal que hacemos, a solidarizarnos con quienes sufren males que no podemos evitar pero, sobre todo, aprendamos a no usar el nombre de Dios en vano.

“Por un comunismo de rostro humano” es el título del artículo que habla sobre Adam Michnik, escritor, ensayista y periodista polaco. Nos cuenta Magris que Michnik es un luchador incansable contra el comunismo prevaleciente en la Polonia de la posguerra y fundador de la democracia una vez caído en régimen. En sus colaboraciones con periódicos de países europeos, así como en sus novelas, Michnik ha mostrado el sufrimiento al que los pueblos de los países del este de Europa fueron sometidos por el régimen comunista.

Sin embargo, hoy las críticas de Michnik no están dirigidas solamente contra el comunismo, sino también contra un falso anticomunismo que malinterpreta, con frecuencia de mala intención, todo ataque a cualquier pensamiento que esté en contra de cierta postura, generalmente de la que esas personas defienden, acusándolo de “comunista”, y con ello, desvirtuando no solamente el comunismo, sino también el anticomunismo.

En otro artículo, “Non, je ne regrette rien”, Magris nos narra que el hermano trapense Luc Dochier, quien fuera asesinado por fundamentalistas islámicos en Argelia, en 1996, gustaba de esta canción y había pedido que en su funeral fuera tocada; a partir de esta historia, y con el recuerdo de tan bella canción interpretada por la gran Edith Piaf, el autor nos habla de lo que se necesita para hacer tal afirmación, “no, no me arrepiento de nada”. Sin duda, piensa Magris, el hermano podía afirmarlo con autenticidad pero, para otro ser humano, un poco más común, esto puede que no resulte tan sencillo.

Es frecuente, nos dice, que los revolucionarios de ayer sean los burgueses de hoy, y los parranderos de ayer, los moralistas de hoy. En algunos casos, esos revolucionarios pensaron que con un bombazo, que con un levantamiento en contra de lo establecido, sería suficiente para cambiar el mundo y, como esto no sucedió, como al día siguiente no llegó el Mesías, pues entonces abandonaron los ideales. En otros casos, simplemente “maduraron” y cambiaron de bandera.

Algunos de estos “revolucionarios” acomodan hoy sus posturas anteriores, no porque hayan hecho un análisis sobre su justicia o injusticia, sino simplemente porque fueron sus tesis las que perdieron. Hoy tienen la razón porque están con el que ganó. Por otro lado, para otros, los cambios que buscaban se dieron paulatinamente y, aun cuando los hubieran propuesto, siguiendo principios diferentes, hoy aceptan que eso era lo que querían y no se oponen ya a los principios que los hicieron surgir. Pero lo relevante, para la argumentación es que no se arrepienten de su pasado, sino que aceptan el presente sabiendo que todo cambio en la política y en la historia es lento y, sobre todo, relativo.

De lo anterior se sigue que, si al final puedo decir que no me arrepiento de nada, es porque amo la propia vida, porque a pesar de los errores y de las decepciones, las acepto como parte de la vida, pero sobre todo, no hago trampa, juego limpio.

Para finalizar, quiero afirmar con el autor que efectivamente la historia no ha terminado, es evidente que no hemos encontrado la felicidad ni la posibilidad de una vida plena que involucre a la humanidad, hay mucho que corregir y mucho por qué luchar, y no hablo sólo de política, porque nuestro autor se llama a sí mismo “impolítico”, con lo que quiere decir que piensa que una buena tarde de verano al sol y en buena compañía, es mucho más atractiva

RESEÑAS

que una tarde en el senado; y, precisamente por ello, el disfrute de esa tarde de verano debe buscarse para todos y, mientras esto no sea posible, la historia no ha terminado.

CECILIA GALAVIZ

Departamento Académico de Estudios Generales
Instituto Tecnológico Autónomo de México